

VITTORIO PERI

LA HOMILÍA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán

sobre el original italiano *Omelia, non «parole al vento»*

© Edizioni San Paolo s.r.l., Cinisello Balsamo (Milano) 2012

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1836-6

Depósito legal: S. 192-2013

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
1. QUÉ	13
Qué no es	13
Qué es	19
2. QUIÉN	29
Preparación	30
Testimonio	35
Reservada a los ministros ordenados	38
3. CÓMO	41
Un lenguaje visual	43
La voz	46
El lenguaje	48
Los gestos	50
Claridad	54
Concisión	57
Silencio	62
Sin papeles	65

4. DÓNDE	67
5. CUÁNDO	71
6. PALABRAS EXIGENTES	73
7. PALABRAS DE ESPERANZA	79
Esperar, sí, pero ¿qué?	81
El compromiso en la historia	82
La espera de su venida	85
8. TRÍPTICO CONCLUSIVO	89

PRÓLOGO

Es un auténtico milagro que la Iglesia sobreviva a los millones de pésimas homilías de cada domingo (Joseph Ratzinger).

Los comentarios agrios, humorísticos y hasta mordaces sobre la homilía¹ son tan abundantes que constituyen un síntoma de una emergencia pastoral.

«Todavía es posible encontrar fe en Francia, a pesar de las treinta mil predicaciones de cada domingo» (Yves Congar).

«La Iglesia ha colocado el Credo después de la homilía para invitarnos a creer a pesar de lo que hemos oído» (Thomas Spidlik).

«En ningún lugar se ven rostros tan inexpressivos como en la iglesia durante la predicación» (François Mauriac).

1. La palabra «homilía» procede del verbo griego *homi-lein*, que significa «conversar familiarmente». Este término aparece por primera vez con ese significado en los Hechos de los apóstoles 20, 11.

«La predicación es útil, porque somete a dura prueba la fe de quienes escuchan» (Julien Green).

«El cura pensaba que la única manera de convertir al mundo sería permanecer callados hasta que las viejas palabras sagradas tuvieran tiempo de adquirir un sonido nuevo. Entretanto, la mejor predicación que podían hacer los sacerdotes era no predicar» (Bruce Marshall).

«La homilía es el tormento de los fieles» (Carlos Bo), «el rato en que más veces se mira el reloj» (anónimo).

Y podríamos seguir poniendo muchas más citas por el estilo.

Lo cierto es que, por encima de las indirectas más o menos mordaces, la homilía es, junto con la apresurada proclamación de las lecturas bíblicas, el «talón de Aquiles» de nuestras celebraciones.

Y, sin embargo, en ella «se compendia la mayor parte del ejercicio del ministerio de la Palabra»². Para muchísimos cristianos es sin duda el único punto de encuentro con la Escritura. Por tanto, su importancia en la vida de la Iglesia resulta indiscutible. Lo confirman los miles de mi-

2. Conferencia episcopal italiana, *Il sacerdozio ministeriale*, 26.

llares de homilías dominicales y festivas que cada semana, y nada menos que durante cincuenta semanas al año, escuchan cientos de millones de fieles en todo el mundo.

Resulta indiscutible asimismo la dificultad de presentarla correctamente, porque, como decía el cardenal Martini, «es un modo *sui generis* difícil, sin duda el más difícil, de tratar en la Iglesia la Sagrada Escritura». Si la homilía no funciona, la luz de la Palabra no llega y la casa permanece a oscuras.

Así pues, si la homilía «no responde adecuadamente a su objetivo»³, hará falta volver a reflexionar sobre ella, animados y sostenidos por la confianza que transmite este agudo aforismo de Erasmo de Rotterdam: «Si los elefantes aprenden a bailar y los leones a jugar, también los predicadores pueden aprender a predicar».

Tal es el objetivo de estas pocas páginas, estructuradas según el tradicional esquema periódico «qué, quién, cómo, dónde, cuándo, por qué». Su única pretensión consiste en lograr que la homilía llegue a ser lo que tiene que ser: un medio eficaz de evangelización.

3. *Ibid.*

Si es verdad que la comunicación constituye para la sociedad el terreno donde las personas se juegan la posibilidad de relacionarse, no puede serlo menos para la Iglesia.

Resulta obligado, por lo tanto, repensar sin temor las variadas formas de la comunicación eclesial. Y esto vale sobre todo para la homilía, dado que, como afirma el Código de Derecho Canónico, entre esas formas ella ocupa un lugar «eminente» (c. 767, 1).